

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975

PABLO DE OLAVIDE: PRIMER NOVELISTA EN  
HISPANOAMERICA

DR. JUAN JOSÉ GARCÍAGÓMEZ  
Facultad de Filosofía y Letras  
U. A. N. L.

DURANTE EL AÑO de 1969 y mientras realizaba investigaciones sobre la literatura peruana de la colonia, Estuardo Núñez —académico de número adscrito a la Academia Peruana de la Lengua— sabe de la existencia de una obra narrativa escrita “Por el Autor del Evangelio en Triunfo”, pseudónimo ya anteriormente identificado con Pablo Antonio José de Olavide y Jáuregui y autor de la obra religiosa cuyo título servía para encubrir el nombre del autor. Se trataba de *El incógnito o El fruto de la ambición*, editada “En Casa de Lanuza, Mendia y C., Impresores Libreros”, en Nueva York, 1828, en dos volúmenes.

Suponiendo lógicamente pudieran existir más narraciones desconocidas de Olavide, sigue adelante e “indagando en el valioso repertorio de la Universidad de Brown (la biblioteca John Carter) en Providence, obtuvimos la evidencia de otra novela titulada *Paulina o el amor desinteresado* (también en 2 volúmenes). El hallazgo era ciertamente inesperado y desconcertante, pues estas novelas se habían editado en una conocida imprenta neoyorquina (la de Lanuza, Mendia y C.) que en la segunda década del siglo XIX, editó muchos libros españoles o versiones de otros idiomas al castellano. Pero a pesar de la circunstancia de ser editadas estas novelas, no habían sido nunca mencionadas, ni siquiera indirectamente, por ningún crítico, ni figuraban tampoco en ninguna bibliografía. La sorpresa incrementó nuestro afán de búsqueda y en los últimos meses de 1969 hemos sido realmente afortunados al hallar nuevos textos narrativos de Olavide en la biblioteca John Widener de la Universidad de Harvard, donde ubicamos *Sabina o los grandes sin disfraz*, y *Marcelo o los peligros de la corte*, y en la Biblioteca Libre de Filadelfia, otros dos:

*Lucía o la aldeana virtuosa* y *Laura o el sol de Sevilla*. Poseemos también ahora el dato suplementario de la existencia de otros textos más, titulado *El estudiante o el fruto de la honradez* que aún no hemos podido ubicar, con lo cual totalizamos 7 novelas cabales editadas, en primorosa edición en 16<sup>o</sup> —tamaño pequeño— todas en la misma casa editora y en el mismo año de 1828. Es curioso además que de ellas sólo se tiene noticia hasta ahora de ejemplares únicos, conservados en las bibliotecas apuntadas”.<sup>1</sup>

En el boletín No. 3 de la citada academia, anuncia Núñez parcialmente el descubrimiento (sólo había encontrado *El incógnito*, *El estudiante* y *Paulina*, habiendo comprobado únicamente el texto de la primera) y aclara algunos puntos —siquiera anecdóticamente— oscuros con respecto al punto. Refiriéndose a la editora, escribe: “Era entonces más frecuente que ahora la impresión de libros en español en prensas norteamericanas. Dentro de la bibliografía peruana tenemos abundantes ejemplos, como son las obras de Vidaurre, editadas en Filadelfia y Boston, un libro de Mariano Felipe Paz Soldán, aparecido en Nueva York, y otros más que no es el caso de mencionar detalladamente. Los ejemplos son más abundantes tratándose de autores venezolanos o cubanos o centroamericanos y mexicanos por razón de la cercanía, y sobre todo, en los años previos o subsiguientes a la independencia de estos países, en que por razones políticas, muchos autores emigrados tuvieron que recurrir a imprentas del extranjero establecidas algunas de ellas, por impresores españoles o latinoamericanos. Tal es el caso de C. Lanuza, probablemente de origen español, de ideología liberal, quien, además de editar las novelas de Olavide, fue el autor de la primera versión castellana del *Diccionario filosófico* de Voltaire, publicado en 10 volúmenes”.<sup>2</sup>

Y, suposición más importante debido a la fecha de publicación: “Estas novelas de Olavide debieron haber sido escritas durante los últimos años de su residencia en Baeza, poco antes de su muerte acaecida en 1803. No las han mencionado sus biógrafos ni sus críticos. No las conocieron evidentemente. Los manuscritos debieron haber quedado inéditos en poder de alguna persona de confianza de Olavide, que en más de un cuarto de siglo no encontró el editor que asumiera la empresa de publicarlos. Sólo Lanuza, impresor emigrado, al parecer español, las imprime en su establecimiento de Nueva York,

<sup>1</sup> OLAVIDE, Pablo de, *Obras narrativas desconocidas*. Prólogo y compilación por Estuardo Núñez. (Publicaciones en conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia y de la Fundación de la Biblioteca Nacional del Perú. Serie Obras de Literatura y Arte s/n.) Biblioteca Nacional del Perú. Lima, 1971, pp. IX y X.

<sup>2</sup> NÚÑEZ, Estuardo, *Pablo de Olavide, Novelista*. Boletín de la Academia Peruana de la Lengua. Nueva Época No. 3, Lima, 1969, pp. 123 y 124.

en 1828. Es singular en mérito esta acogida de las prensas norteamericanas determinante de que esos manuscritos de Olavide se salvaran del olvido”.<sup>3</sup>

Con su descubrimiento, Estuardo Núñez alteraba la historia de la literatura hispanoamericana y exigía una actualización en todos los textos que sobre el tema había hasta ese entonces. Porque en todos ellos, y como verdad aceptada, se citaba al mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi como autor de la primera novela en Hispanoamérica: *Vida y Hechos de Periquillo Sarniento*, escrita por él para sus hijos, publicada en México, por entregas, en 1816.<sup>4</sup> Y habiendo muerto Olavide el 25 de febrero de 1803,<sup>5</sup> las siete novelas son de génesis anterior a la del Pensador Mexicano, aunque de posterior publicación.

Independientemente del valor literario y originalidad que tengan las obras narrativas del peruano (el histórico, es fundamental), su biografía es sin duda más interesante que su ficción literaria. Nace en Lima en 1725 y allí vive hasta los veinticuatro años el principio de una serie de aventuras que pueden ser envidiadas por cualquier autor de folletones. Hijo del Contador Mayor del Tribunal de Cuentas, Martín de Olavide y Albizu, de origen vasco, y de su esposa María Ana Teresa de Jáuregui y Aguirre, alcanza a los diez y siete años nada menos que el grado de Doctor en Derecho Canónico por la Universidad de San Marcos. Allí “durante tres años dicta una de las cátedras de Teología, y luego la denominada Maestro de las Sentencias, en la que se desarrollaban las doctrinas de Pedro Lombardo, texto oficial para la inteligencia de la Teología. Al mismo tiempo desempeñaba los cargos de asesor del

<sup>3</sup> Ibid., p. 124.

<sup>4</sup> FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *El Periquillo Sarniento*, prólogo de Jefferson Rea Spell. (Col. Sepan Cuántos, No. 1), Porrúa, México, 1959, p. VII:

“El Pensador (...) empezó su primera novela, *El Periquillo Sarniento*, publicada por entregas, de la que salieron tres tomos en 1816. El cuarto, y último, no vio la luz, debido a la prohibición de la censura, a la que no agradaban las ideas que la obra contenía contra la esclavitud.”

<sup>5</sup> PALMA, Ricardo, *Anales de la Inquisición de Lima*, “Tradiciones Peruanas Completas”. Edición y Prólogo de Edith Palma, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1952, p. 1238:

“Olavide murió, en España, en 1803.”

LOHMANN VILLENA, Guillermo, *Pablo de Olavide* (Biblioteca Hombres del Perú, segunda serie No. XV). Hernán Alva Orlandini, editor. Lima, 1964, p. 103:

“El febrero de 1801 redacta su testamento, y cumplidos los 78 años, el 25 de Febrero de 1803 entregó su alma a Dios. Al día siguiente se le sepultó en la iglesia parroquial de Baeza, consagrada bajo la advocación del mismo santo patrono de Olavide: San Pablo.”

municipio limeño y de la corporación de comerciantes radicados en la capital (Tribunal del Consulado), y ejercía la abogacía en los estrados de la audiencia”<sup>6</sup> llegando, finalmente, a ser Oidor en la Audiencia y Auditor general de guerra del Virreinato.

Su peruano apogeo llega a una etapa crítica en 1746. Puede citarse esa fecha como la de su declinación protagonística en su patria. Un terremoto que ha pasado míticamente como uno de los más violentos que haya sufrido la capital peruana, destruye prácticamente la ciudad dejando amplia secuela de muerte, hambre, desolación y campo de pillaje. Olavide, aprovechando su privilegiada posición, falsamente declara muerto a su padre y se apodera de la riqueza familiar corrompiendo autoridades, falsificando documentos y llevando “una conducta muy alejada de la que por ministerio debía observar, haciendo gala de ‘hombre político’ y desdénando el decoro a que lo obligaba su profesión”.<sup>7</sup> La situación se le vuelve cada día más inestable y peligrosa. Vese complicado en una posible malversación de fondos destinados a la construcción de un teatro y de otros más pertenecientes a algún comité pro-damificados por el terremoto. Hasta que, finalmente, el Consejo de Indias lo suspende en sus funciones mientras no se deslindaran las responsabilidades que los cargos ameritasen. Pero el aventurero, avizorando una solución negativa a sus problemas, “temiendo un desenlace adverso, a principios de 1749 habíase adelantado a viajar a la metrópoli, adonde llegó sólo al cabo de una dilatada travesía, en 1752, no sin antes haber hecho escala en Curazao, donde realizó operaciones comerciales ilícitas. Por ellas, tan pronto arribó a la Península, se le encarceló y se le confiscaron todos sus bienes”.<sup>8</sup>

Pero a pesar de lo negativo del momento, su estrella no se había eclipsado. Mediante una serie de manejos y argumentos no del todo clarificados, consigue se expida “en 1757 una sentencia que imponía perpetuo silencio a la causa seguida contra él en Lima, recobrando con ello la libertad de acción”.<sup>9</sup>

Casa con una viuda, doña Isabel María de los Ríos, que lo aventaja en mucho en riquezas y en edad. Y toma contacto con el núcleo francés de la Ilustración. “Se abre así un compás de ocho años, período decisivo en su formación ideológica, pues en él acumula todo su afrancesamiento y acopia aquella capacidad de iniciativa que intentará aplicar para la regeneración de España. (...) Visita Nápoles, Florencia, Venecia, Padua y Milán. Pasa luego a Ferney, donde sería huésped (...) de Voltaire en su finca ‘Délices’,

<sup>6</sup> LOHMANN VILLENA, Guillermo, *op. cit.*, p. 57.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 60.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 63.

precisamente cuando el célebre escritor lanzaba sus más acerados dardos. (...) Finalmente, se instala en París, en donde permanece hasta 1765. (...) Abre una fastuosa residencia, en la que se recibe con asiduidad a ‘artistas y sabios’. (...) Complementa su información mediante la compra de una nutrida biblioteca (...) desde arte y literatura hasta ciencias y técnica. Sus adquisiciones de libros alcanzan proporciones increíbles, y cajas y más cajas se remitían sin interrupción a Madrid. (...) Expresión de su curiosidad universal fue la inmensa biblioteca que atesoró con indecibles esfuerzos y que cuidó de mantener al día mediante agentes y suscripciones a revistas y gacetas. (...) Desde las piezas maestras de la ideología enciclopedista, hasta novelas de caballerías, cuentos morales y relatos licenciosos, y libros técnicos de la más variada índole, sin excluir obras de carácter imaginario. (...) Voltaire, Locke, Montesquieu, Diderot, Helvetius, Rousseau... (...) De nuevo en Madrid, su residencia se convierte en un núcleo de vida mundana e intelectual (...) El mismo vertió al español o adaptó piezas de Racine y de Voltaire, y a fuer de melómano, montó (...) e incluso escribió una zarzuela: *El celoso burlado*. (...) A los salones de Olavide concurría (...) don Pedro Rodríguez Campomanes, que desde su cargo de Fiscal del Consejo de Castilla fue verdaderamente el alma de la cruzada reformadora. Es muy probable que fuese él quien puso en contacto a Olavide con el conde de Aranda, que iba a ser su más decidido protector al descubrir en el perspicaz criollo una mentalidad formada al calor de la ideología afrancesada y que compartía plenamente sus propósitos de introducir en España las luces de la Ilustración. El conde de Aranda, Campomanes y Olavide forman desde ese momento la ‘trinca’ (como festivamente los identificaría el pueblo madrileño) y marcarían en íntima compenetración largos años. (...) A ellos incumbe por entero acometer un programa de gobierno (...) mediante las reformas estructurales en los campos básicos: enseñanza, propiedad de la tierra, población”.<sup>10</sup>

“Al subir Aranda al poder, Olavide fue nombrado síndico y director del Hospicio de Mendigos de San Fernando, que organizó con gran rapidez y fortuna. Y entonces Aranda y Campomanes, ambos excelentes ministros, le eligieron como uno de los agentes del admirable programa de reformas que proyectaron para impulsar al país. El favor del limeño culminó al designarle como intendente de Sevilla y superintendente de las nuevas poblaciones de Sierra Morena (junio de 1767), que, con colonos alemanes, se proponían crear Carlos III y sus ministros. La importancia de esta obra de colonización y su universal resonancia, colocaban, en efecto, la figura del superintendente

<sup>10</sup> *Ibid.*, *Passim*, pp. 64 a 69.

en un plano de responsabilidad y en una categoría política de primera magnitud.

"(...) (Pero) Olavide exhibió con demasiado énfasis sus entusiasmos por la llamada filosofía nueva, por el 'espíritu del siglo', que invadió en el XVIII a todo el mundo, incluso a las altas jerarquías sociales, sin omitir a muchas eclesiásticas, aun en la misma España; con lo cual se organizó el ataque a fondo contra don Pablo, que había de terminar en las cárceles de la inquisición."<sup>11</sup>

En los *Anales de la Inquisición de Lima*, Ricardo Palma cita a Juan Antonio Llorente en su obra *Historia de la Inquisición*<sup>12</sup> con respecto al proceso que, indirectamente, cambiaría a Olavide en escritor. Además del contenido que interesa a este respecto, es interesante costumbrísticamente. Dice: "Don Pablo de Olavide, natural de la ciudad de Lima, en el Perú, asistente y gobernador de Sevilla, director y gobernador de las nuevas poblaciones de Sierra Morena en Andalucía, fue preso en la inquisición de corte, año de 1776, por sospechoso de muchos errores heréticos, principalmente los de Rousseau y Voltaire, con quienes seguía, muy confidencialmente, correspondencia epistolar. Resultaba del proceso que Olavide hablaba como aquellos dos filósofos en cuanto al culto exterior tributado a Dios en las iglesias. El toque de campanas, la devoción del rosario, la veneración de imágenes de los santos, la limosna por misas, sermones y administración de sacramentos, los ayunos, la abstinencia de carne en lo viernes de Cuaresma y otros muchos puntos le habían dado tema para filosofar. Olavide no tuvo la prudencia necesaria para ser hipócrita, y expresaba en público sus opiniones. He tenido en mis manos el proceso de Olavide y examinándolo con detenimiento. Negó muchos hechos y dichos y explicó otros; pero confesó lo bastante para que los inquisidores opinasen que Olavide traía en el corazón doctrinas de sus dos amigos franceses. Pidió perdón de su imprudencia, diciendo que no lo pedía por el crimen de herejía, pues nunca perdió la fe, aunque lo pareciese por el proceso.

"El 24 de noviembre de 1778 se celebró autillo en la sala del Tribunal, a puerta cerrada, con asistencia de sesenta personas condecoradas, cuyo nombramiento y convite se hizo por el inquisidor don José Escalzo, que fue después obispo de Cádiz.

<sup>11</sup> MARAÑÓN, Gregorio; Ramón Menéndez Pidal et al. *Seis temas peruanos. Conferencias pronunciadas en la embajada del Perú en España*, Introducción de Manuel Cisneros. (Col. Austral, No. 1297). España-Calpe, Madrid, 1960, pp. 103 y 104.

<sup>12</sup> LLORENTE, Juan Antonio, *Historia de la Inquisición. Anales de la Inquisición de España*, Ibarra, Madrid, 1812, 1813.

"Salió don Pablo de Olavide al auto en forma de reo, con una vela verde apagada en la mano. Se le declaró en la sentencia por hereje positivo y formal, por cuya razón debió haber sacado sambenito de dos aspas y sogas de esparto al cuello; pero el inquisidor general don Felipe Beltrán, obispo de Salamanca, lo dispensó de esta humillación y de la de llevar en adelante sambenito. Se le condenó a reclusión en un convento por ocho años, sujeto al tenor de vida que le designaría un director espiritual, destierro perpetuo de Madrid, sitios reales, Sevilla, Córdoba y nuevas poblaciones, confiscación de bienes e inhibición de empleos y oficios honoríficos, de cabalgar en caballo y de llevar oro, plata, perlas, piedras preciosas, seda y lana fina, vistiendo sólo sayal o paño burdo. Un secretario leyó el extracto de la causa, que duró cuatro horas, porque le acusó el fiscal de ciento sesenta y seis proposiciones heréticas, siendo setenta y dos los testigos examinados. Cuando estaba próximo el fin de la lectura la interrumpió diciendo: 'Yo nunca he perdido la fe'. No se le contestó, y al oír la sentencia en que se le declaraba por hereje formal, cayó del banquillo en que por dispensación se hallaba sentado. Se le socorrió con agua y acabada la lectura se arrodilló. Se le absolvió de la excomunión, leyó y firmó la profesión de fe y se retiró a la cárcel.

"Su rubor debía ser sumo, porque las sesenta personas invitadas al autillo eran todos grandes de España, condes, marqueses y caballeros ilustres, casi todos muy amigos suyos, pues los inquisidores habían convidado a los que, por especies sueltas, había motivo para sospechar que pensaban como el reo. Y fue arbitrio escogido para, sin decirlo claramente, darles esta corrección y aviso, bien que los más lo conocieron así, pues don Felipe Samaniego (el fabulista) se espontaneó, y los otros se corrigieron en sus conversaciones.

"Olavide fue a un convento; pero pasado algún tiempo huyó a Francia y residió en París, con el título de 'conde del Pilo', que jamás había usado en España. Pasados muchos años publicó *El evangelio en triunfo*, con cuyo libro ganó la gracia de Carlos IV y del inquisidor general cardenal Lorenzana, que le permitió volver a España libre de toda penitencia.

"Yo le vi, año de 1798, en El Escorial, en casa del Ministro de Estado don Mariano de Urquijo. Contaría entonces setenta y cuatro años de edad, según la de cincuenta y uno que del proceso consta tenía cuando estuvo preso. El nombre y las circunstancias de Olavide dieron gran crédito a su obra, que se reimprimió luego, haciéndose imperecedera la fama del esclarecido limeño"<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> PALMA, Ricardo, *op. cit.*, pp. 1237 y 1238.

El polígrafo santanderino don Marcelino Menéndez Pelayo, habla dos veces de Olavide: la primera, en sus *Heterodoxos españoles* (tomo III). La otra, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*. En ambas, además de juzgarlo como escritor, aporta algunos interesantes datos biográficos. Se citan a continuación los relacionados con las causas de la caída en España del peruano:

“Para establecer la colonia (se refiere Menéndez Pelayo a las nuevas poblaciones de Sierra Morena) fue designado, con título de superintendente, Olavide, como el más a propósito por lo vasto y emprendedor de su índole. No se descuidó un punto, y con el ardor propio de su condición novelera y con amplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones, muchas de las cuales subsisten para gloria imperecedera de su nombre. Por desgracia propia, el superintendente no se detuvo en la poesía bucólica, y pronto empezaron las murmuraciones contra él entre los mismos colonos.<sup>14</sup> Un suizo, D. José Antonio Yauch, se quejó, en un memorial de 14 de marzo de 1769, de la falta de pasto espiritual que se advertía en las colonias, a la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos a los nuevos pobladores. Con-

<sup>14</sup> MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de la poesía hispano-americana*, edición preparada por Enrique Sánchez Reyes, Aldous, S. A. de Artes Gráficas, Santander, 1948, tomo II, p. 152:

“Entre los mil proyectos más o menos razonables o utópicos, que en aquella época de furor económico se propalaban para remediar la despoblación de España y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, era uno de los más favorecidos por la opinión de los gobernantes el de las colonias agrícolas. Ya Ensenada había pensado establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió a agitarse la idea con ocasión de un ‘Memorial’ de cierto arbitrista prusiano, D. Juan Gaspar Thurriegel. Campomanes entró en sus designios, redactó una consulta favorable en 27 de febrero de 1767, y sin dilación comenzó a tratarse de poblar los yermos de Sierra Morena, albergue hasta entonces de forajidos, célebres en los romances de ciegos y terror de los hombres de bien. Thurriegel se comprometió a traer, en ocho meses, seis mil alemanes y flamencos católicos, y la concesión se firmó el 2 de abril de 1767, el mismo día que la pragmática de expulsión de los jesuitas.

LOHMANN VILLENA, Guillermo, *op cit.*, pp. 80, 81 y 82:

“La operación de colonizar dichos montes yermos e insalubres, refugio por añadidura de bandoleros que interceptaban las comunicaciones de Andalucía con Castilla, era un propósito acariciado desde tiempo atrás por los gobernantes españoles de la Ilustración, que ponderaban la necesidad de formar allí núcleos de asentamiento de grupos de gente emprendedora, deseosa de labrarse un futuro nuevo. (...) La colonización de Sierra Morena, para valorizar una región desértica e improductiva y crear el ambiente favorable para un experimento social de profunda trascendencia, se consideró desde sus principios, como la gran obra del reinado de Carlos III. (...) El elemento humano con el cual contaría Olavide lo formaban unos seis mil campesinos alemanes. (...) El problema capital, sin embargo, fue la inutilidad de los mismos colonos, que demostraron su absoluta falta de destreza para las faenas agrícolas. El rigor del clima, en particular en la temporada esti-

firmó algo de estas acusaciones el Obispo de Jaén: envióse de visitadores al Consejero Valiente, a D. Ricardo Wall y al Marqués de la Corona, y tampoco fueron del todo favorables a Olavide sus informes. Entre los colonos habían venido disimuladamente algunos protestantes, y en cambio, faltaban clérigos católicos de su nación y lengua. De conventos no se hable: Aranda los había prohibido para entonces y para en adelante, en términos expesos, en el pliego de condiciones que ajustó con Thurriegel. Al cabo vinieron de Suiza capuchinos y por superior de ellos Fr. Romualdo de Friburgo, que escandalizado de la libertad de los discursos del colonizador, hizo causa común con los muchos enemigos que éste tenía dentro del Consejo y entre los émulo de Aranda. Las imprudencias, temeridades y bizarrías de Olavide iban comprometiendo más a cada momento. Ponderaban con hipérboles asiáticas el progreso de las colonias, y sus émulo lo negaban todo. El se quejaba de que los capuchinos le alborotaban la colonia, y ellos de que pervertía a los colonos con su irreligión manifiesta. Al cabo, Fr. Romualdo de Friburgo delató en forma a Olavide, en septiembre de 1775, por hereje, ateo y materialista, o a lo menos naturalista y negador de lo sobrenatural, de la revelación, de la Providencia y de los milagros, de la eficacia de la oración y buenas obras; asiduo lector de Voltaire y Rousseau, con quienes tenía frecuente correspondencia; poseedor de imágenes y figuras desnudas y libidinosas; inobservante de los ayunos y abstinencias eclesiásticas y distinción de manjares; profanador de los días de fiesta, y, finalmente, hombre de mal ejemplo y piedra de escándalo para sus colonos. A estos graves cargos se añadían otros enteramente risibles, como el de defender el movimiento de la tierra y oponerse al toque de las campanas en días de nublado.

val, se hizo sentir sobre gente no acostumbrada a él, y finalmente, se abatieron epidemias sobre la flamante población. La carencia de artículos de primera necesidad, hasta que las colonias estuvieron en condiciones de autoabastecerse, causó asimismo un buen número de bajas. (...) Sin embargo, la opinión pública, impresionada por las deplorables vicisitudes, se hace eco de una campaña de descrédito fomentada contra este intento de aplicar, sobre una zona limitada, el programa del equipo gubernamental de la Ilustración. (...) Sobre Olavide se abaten sucesivamente duelos familiares, intrigas, la ruina de su obra y por último, se abren las puertas de las cárceles inquisitoriales. El americano llegado a la Metrópoli en circunstancias equívocas, el afrancesado que a cada instante sacaba a relucir, frente a la ‘barbarie’ española el ejemplo de naciones más progresistas, el admirador y discípulo de Voltaire, el funcionario que con sus iniciativas había afectado gravemente intereses creados y el reformador que con sus proyectos había dado al traste con seculares hábitos, tenía que pagar caro tantos agravios. (...) La caída de Olavide fue tan fulminante y espectacular como lo había sido su encumbramiento ocho años antes.”

"El Santo Oficio impetró licencia del Rey para procesar a Olavide, aprovechando la caída y ausencia de Aranda."<sup>15</sup>

Olavide se disculpa, por escrito, ante tales acusaciones. No le importan, es cierto, las de carácter material concernientes al buen gobierno y administración de las nuevas poblaciones: no en vano había dado muestras de acierto en La Carolina (finca bautizada en honor del monarca) y en donde construyera un palacio para gobernar, desde allí, los territorios recién colonizados. Pero sí las de problemática espiritual. "En un documento redactado en estos angustiosos momentos, se exculpa en tono patético: 'Cargado de muchos desórdenes de mi juventud, por los cuales imploro perdón a Dios, no hallo en mí ninguno contra la Religión. Nacido y criado en un país donde no se conoce otra que la que profesamos, no me ha dejado hasta ahora Dios de su mano por haber faltado nunca a ella: he hecho gloria de la que, por la gracia del Señor, tengo; y derramaría por ella hasta la última gota de mi sangre... Yo no soy teólogo, ni en estas materias alcanzo más de lo que mis padres y maestros me enseñaron conforme a la doctrina de la Iglesia...';"<sup>16</sup> "Y estoy persuadido de que en las cosas de la fe de nada sirve la razón, porque nada alcanza... siendo la dócil obediencia el mejor sacrificio de un cristiano."<sup>17</sup>

Condenado a pesar de todos los esfuerzos y disculpas, Olavide empieza un largo peregrinaje, cumpliendo la sentencia impuesta, por conventos y monasterios: el benedictino de Sahagún, el capuchino de Murcia, el antiguo jesuita de Almagro, nuevamente el de Murcia y, finalmente, el balneario de Caldas, en Gerona, cerca de la frontera francesa y a donde va para reponerse de una larga secuela de trastornos en la salud habidos por frecuentes cambios de residencia y de costumbres. Hasta que, cansado de la vigilancia y censura, en noviembre de 1780 huya a Francia sin permiso de la inquisición autoimponiéndose un destierro que habría de durar diecisiete años.

Toulouse es su primer lugar de residencia. De allí, temiendo ser extraditado, pasa a Ginebra. Y luego, más tranquilo, a París. Pero ahora tiene un nuevo concepto de la realidad. En él "hay un claro propósito de romper con el pasado inmediato y de tender un discreto velo sobre su etapa de procesado por la inquisición. Las pruebas sufridas durante los cuatro años precedentes habían dejado profunda huella en su espíritu y su aspecto físico. Su curiosidad por todo lo que le rodeaba y su entusiasmo por conocer las últimas no-

<sup>15</sup> MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op. cit.*, pp. 153 y 154.

<sup>16</sup> LOHMANN VILLENA, Guillermo, *op. cit.*, pp. 90 y 91.

<sup>17</sup> MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op. cit.*, p. 154.

vedades no habían menguado, pero el apasionamiento temerario de que antaño había hecho gala, parecería reemplazado por una mesurada afabilidad. (...) Es perceptible la lenta evolución espiritual que experimenta Olavide: a partir de 1783 su decisión de apartarse del frenesí social se va acentuando, y en medio de su desilusión se concentra en un grupo reducido de amigos. Paralelamente, surge en su ánimo atribulado un retorno a la fe tradicional, o más exactamente a las prácticas religiosas, con un fervor que admiran sus amistades francesas"<sup>18</sup>

Así lo sorprende en 1789 la revolución francesa cuyos sucesos contempla casi pasivamente sin mayor intervención personal. Vuelve a ser encarcelado en 1794, pero ahora sólo por ser ciudadano de un país en guerra con Francia. Y durante esta tercera reclusión carcelaria comienza a escribir su primera obra "original": *El evangelio en triunfo o Historia de un filósofo desengañado* en la que, y a manera de cartas, hace profesión de fe a modo de confesión. "La primera edición apareció, anónima, en Valencia, en 1797, pero nadie dudó de la verdadera paternidad de la obra. Todo contribuyó a que esta apología del cristianismo, a pesar del anonimato, conociera un éxito asombroso. De inmediato se adivinó la pluma que la había escrito: su estilo era inconfundible (*sic*), el recuerdo de las persecuciones que había sufrido y la publicidad de la conversión, todo contribuyó a concitar una increíble expectación. Tres ediciones en el espacio del año siguiente, y cinco en 1799, abonan el entusiasmo con que fue acogida."<sup>19</sup>

Las suposiciones de Lohmann se confirman en *El evangelio...* La última prisión lo conmueve hasta lo indecible. Cuenta: "La Francia estaba entonces cubierta de terror y llena de prisiones. En ellas se amontonaban millares de infelices, y los preferidos para esta violencia eran los más nobles, los más sabios o los hombres más virtuosos del reino. Yo no tenía ninguno de estos títulos, y, por otra parte, esperaba que el silencio de mi soledad y la obscuridad de mi retiro me esconderían de tan general persecución. Pero no fue así. En la noche del 16 de abril de 1794, la casa de mi habitación se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad General fui conducido a la prisión de mi departamento. En aquel tiempo la persecución era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme a las órdenes de la divina Providencia... Pero ¡pobre de mí!, ¿qué podría yo hacer? Viejo, secular (*sic*), sin más instrucción que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen y ningunos amigos que me dirigiesen. (...) (*Era*) un filósofo que no dejaba de tener algún ta-

<sup>18</sup> LOHMANN VILLENA, Guillermo, *op. cit.*, pp. 96 y 97

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 99.

lento y que nació con muchos bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educación ordinaria, había aprendido superficialmente su religión; no la había estudiado después, y en su edad adulta casi no la conocía, o, por mejor decir, sólo la conocía con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofística. . . Un infortunio lo condujo a donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad; y a pesar de su oposición natural y, lo que es más, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir a su evidencia, y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida. (...) La lectura de libros filosóficos había pervertido enteramente mis ideas. Yo había concebido, no sólo el más alto desprecio, sino también la aversión más activa contra todo lo que pertenecía a la Iglesia. Creyendo que el cristianismo era una invención humana, como todas las religiones, no podía mirar la Iglesia sino como el hogar o centro de sus principales ministros, que abusaban de la credulidad en favor de sus intereses. Todas sus sociedades me parecían cavernas de impostores, sus creencias ridículas, sus rotos irrisorios".<sup>20</sup>

Páginas eminentemente emocionales, escritas en momentos de honda crisis física y religiosa, merece un doble comentario de Menéndez Pelayo. En cuanto al fondo, lo considera "intachable, sin vislumbres ni aun remotos, de doblez o de hipocresía. (...) El autor era un impío convertido, penitenciado por el Santo Oficio, espectador y víctima de la revolución francesa. (...) Dios había visitado terriblemente aquella alma, que no hubiera podido levantarse sin un poderoso impulso de la gracia divina. Todas las páginas de *El evangelio en triunfo* (...) respiran convicción y fe. (...) Así debe juzgarse (...), más como acto piadoso que como libro. Fue la abjuración, la retractación brillante de un incrédulo, la reparación solemne de un pecado de escándalo".<sup>21</sup> Pero, literariamente, es otra cosa: "La ejecución no satisface. (...) Literalmente el libro de Olavide vale poco, y está escrito medio en francés (*se refiere, sin duda, a la sintaxis*) como era de recelar, dadas sus lecturas favoritas y su larga residencia en París; no sólo atestado de galicismos de palabras y de giros, sino de rasgos enfáticos y declamatorios de la peor escuela de entonces. Pero también tiene en muchos pasajes unción y fervor, y aunque siempre sea peligrosa la excesiva intervención del sentimiento en tesis dogmáticas, no hay duda de que lo que en el libro interesa principalmente es el drama psicológico de la conversión del impío, la historia de los combates de su propia alma, de la cual el autor levanta todos los velos (...) Quizá Olavide debió escoger

<sup>20</sup> (OLAVIDE, Pablo de,) *Passim El evangelio en triunfo o historia de un filósofo de-sengañado*, Imprenta de Orga, Valencia, tomos I y II, 1798.

<sup>21</sup> MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op. cit.*, pp. 158, 159 y 160.

entre escribir una defensa de la religión o escribir sus propias confesiones. Prefirió mezclar ambas cosas, y resultó una producción híbrida; pero que tal como está, fue de las primeras en que el espíritu de restauración religiosa invocó los auxilios de la imaginación y del sentimiento, uno de los precedentes indudables de *El genio del cristianismo*; razón bastante poderosa para que no se la pueda olvidar en la cronología literaria".<sup>22</sup>

Después de la publicación y amplia difusión de ésta su obra, el gobierno español y la inquisición levantan su castigo. Regresa a la península, pues, en cuanto lo autorizan y retirándose a Baeza, pequeño pueblo de Andalucía muy cerca a los lugares en donde profanamente se había encumbrado, escribe dos obras más: *Salterio español, o versión parafrástica de los salmos de David, de los cánticos de Moisés, de otros cánticos, y algunas oraciones de la iglesia, en verso castellano, a fin de que se puedan cantar. Para uso de los que no saben latín* y los *Poemas christianos, en que se expone con sencillez las verdades más importante de la religión*, ambas mediocres. "El desengaño lo hizo creyente, pero no llegó a hacerlo poeta. Increíble parece que quien había pasado por tan raras vicisitudes y sentido tal tormenta de encontrados afectos, no hallase en el fondo de su alma alguna chispa del fuego sagrado, ni se levantase casi nunca de la triste insipidez que caracteriza sus versos."<sup>23</sup>

Las tres publicaciones citadas constituían, prácticamente, toda la bibliografía que era conocida sobre este autor. Y, honestamente, su valor se sustentaba y se sustentaba más en lo biográfico de quien las escribiera que en el mérito literario que pudiera tener. Se conocían, eso sí, más referencial que efectivamente<sup>24</sup> algunas de las traducciones teatrales que realizara durante su

<sup>22</sup> MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op. cit.*, pp. 158, 159 y 160.

<sup>23</sup> *Ibid.*, pp. 162 y 163.

<sup>24</sup> NÚÑEZ, Estuardo, *Pablo de Olavide, novelista*, boletín de la Academia Peruana de la Lengua. Nueva Época, No. 3, Lima, 1969, p. 128:

"Podemos establecer que Olavide escribió una comedia ligera *El celoso burlado*, de ambiente madrileño, en 1764, que es obra propia y original, editada en Madrid, de la que se conservan no más de dos ejemplares. Luego tenemos que referirnos a su ingente labor de traductor de piezas teatrales francesas, con la cual logró el objetivo de modernizar el gusto teatral del público español. Hasta el momento, hemos comprobado la existencia indubitable de las siguientes obras de teatro traducidas por Olavide en un lapso de quince años (entre 1760 y 1775):

1. *Mitridates* de Jean Racine.
2. *Fedra* de Jean Racine.
3. *Zayda* de Voltaire.
4. *Casandro y Olimpia* de Voltaire.
5. *Meroe* de Voltaire.
6. *Celmira* de Dormont du Belloy.

primera época en España. E, incluso, su breve y no muy afortunada incursión entablados zarzueleros. Era todo.

Por otro lado, si se revisa el panorama de la literatura neoclásica española, se encuentra una pobreza desesperante en cuanto a novela. El padre Benito Feijóo no la cultiva; Diego Torres de Villarroel hace una penetración dudosa con su *Vida, ascendencia, crianza y aventuras del doctor don Diego Torres Villarroel, catedrático de prima de matemáticas en la Universidad de Salamanca, escrita por él mismo*, en donde lo autobiográfico prácticamente nulifica lo novelesco; Ignacio de Luzán se limita a pontificar; el padre José Francisco de Isla novela inseguramente en la *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazos, alias Zotes*; e incluso Pedro Montegón (*El Eusebio, El Rodrigo*) y José Mor de Fuentes (*La Serafina*) son paupérrimos ejemplos de la novela, si bien ya preludiviendo el romanticismo. Dentro de este vacío panorama, Estuardo Núñez sitúa a Pablo Antonio José de Olavide y

7. *Hípermenestra* de Antonie Marin Lemierre.

8. *El desertor* de Louis Sebastien Mercier.

9. *El jugador* de Jean Francois Regnard.

Queda aún por establecer la existencia de los textos de algunas versiones más, como son el de *Lina* de Lemierre y dos comedias musicales: *Nineta en la corte* de Egidio R. Duni y *El pintor enamorado de su modelo* de André E. M. Getry.<sup>25</sup>

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *op. cit.*, p. 150:

"Puso en su casa un teatro de aficionados, como era moda en Francia, y como le tenía el mismo Voltaire en Ferney, y para él tradujo algunas tragedias y comedias francesas. Moratín \* le atribuye sólo la *Zelmira* (traducción de Du Belloy), la *Hípermenestra* (de Lamierre) y *El desertor francés* (de Sedaine); pero don Antonio Alcalá Galiano \*\* añade a ellas una que corrió anónima de la *Zaida* (Zayre) de Voltaire, tan ajustada al original, que de ella se valió como texto D. Vicente García de la Huerta para su famosa *Jaira*.

\* *Catálogo de piezas dramáticas del siglo XVII*, pág. 329 del tomo de sus *Obras*, edición de Rivadeneyra.

\*\* *Lecciones de Literatura del siglo XVIII*... Madrid, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, 1843, pág. 243. La traducción de Olavide se imprimió dos veces en Barcelona, la primera sin año, la segunda en 1782, por Carlos Gilbert y Tudó. (Vid. Sempere y Guarinos, *Escritores del reinado de Carlos III*, art. de Huerta.) El Sr. D. Emilio Cotarelo, en *Iriarte y su época*, Madrid, 1897 (pág. 183), le atribuye, además, una traducción de la *Fedra*, de Racine, que se imprimió anónima, y añade que tradujo también *El jugador* de Regnard; *Casandro y Olimpia* de Voltaire; *Lina* de Lemierre; y la *Méropé* del italiano Maffei; todas las cuales se representaron en los teatros de los Reales Sitios antes de 1771, y algunas de ellas en los de la Cruz y el Príncipe de Madrid. Una copia de *Olimpia*, con fecha 1782, se conserva entre los manuscritos dramáticos de la Biblioteca Nacional (núm. 2,445 del Catálogo del Sr. Paz y Melia). También se atribuyen a Olavide las traducciones de dos óperas cómicas, *Nineta está en la corte* (de Favart) y *El pintor enamorado de su modelo*, de Anseaume, y es probable que haya otras entre el fárrago de versiones dramáticas del siglo XVIII."

Jáuregui como autor de siete novelas: únicas, prácticamente y como tales, en España; y las primeras escritas por autor hispanoamericano.

Para encontrar obras narrativas españolas que sirvan de antecedente a las del peruano, es preciso retroceder hasta los Siglos de Oro. Y sólo, en ellos, dos manifestaciones alcanzan categoría de tales: las de Cervantes y las picarescas. Las segundas, poco o nada tienen qué ver con Olavide. Pero sí las primeras. Sobre todo las *Novelas ejemplares* en donde "la inclinación hacia la obcenidad y a la carencia de frenos es desplazada por una tendencia moralizante". (*Porque*) la novela no nació en pañales de seda: nació plebeya. (...) Para lavar el estigma, la novela tiene que hacer acto de contricción: tiene que volverse moral y ser limpia. La novela debe ser ejemplar. Cervantes lo comprende así. (...) "Heles dado el nombre de Ejemplares, y si bien lo miras no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso". (...) Un siglo más tarde veremos perdurar (...) la bienintencionada idea de la salvación del género en Olavide.<sup>26</sup>

En cambio, en la ficción en prosa europea, sí hay antecedentes más abundantes para la novelística olavideña. *Pamela o la virtud recompensada* del inglés Samuel Richardson (1689-1762), argumental y titularmente lleva a Olavide casi de igual forma que algunas obras de Henry Fielding (*Amelia*...) que existían en la biblioteca del peruano.<sup>26</sup> En Francia, debe destacarse a Madame de Genlis quien "siguiendo la modalidad de las novelas morales o ejemplares (...) publica en 1784 *Las veladas del castillo* con historias o relatos novelescos en que se alterna la doctrina moral con el recreo y destinados a inspirar a los jóvenes las inclinaciones sencillas y virtuosas que nos acercan a la Naturaleza y que hacen desear con preferencia la vida quieta y sosegada del campo'. Cada asunto tiene una referencia directa a un precepto moral. 'Nunca se conseguirá hacer virtuosos a los hombres —sostiene la autora— empleando insulsas y frías reflexiones; solamente se logrará ese fin presentándoles ejemplos eficaces y pinturas hechas a propósito para penetrar y estamparse en la imaginación y esto es lo que se debe llamar: la moral en acción' (introducción). (...) Otras novelas francesas de este tipo fueron las siguientes: *Delfina o la opinión*, de Madame de Stael; *Clelia* de Madame Scudery; *Casandra* de Madame de Calpranède, *Cuentos morales* de Mar-montel"<sup>27</sup>

<sup>26</sup> COVARRUBIAS, Miguel, *Olavide o Sade*, Cathedra, revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. Núm. 2, Monterrey, enero-marzo, 1975, pp. 62 y 63.

<sup>27</sup> DEFURNEAUX, M., *Pablo de Olavide ou Pafrancesado*, Presses Universitaires de France, París, 1959, p. 47.

<sup>28</sup> OLAVIDE, Pablo de, *Obras Narrativas Desconocidas*, *op. cit.*, pp. XIV y XV.

Y así se podría seguir desgranando nombres, títulos y fuentes. Olavide no será el creador de un género ni de una modalidad, pero sí es un representante de un tiempo en el que las letras españolas no descollaron por la ficción en prosa. Neoclásico de formación aunque romántico por deducción, sus siete novelas a pesar de la diversidad de argumentos (diversidad relativa pues en cuanto a sentido y problemática son monotemáticas) brindan rasgos compartidos cuyas raíces se hunden en el neoclasicismo aunque algunas de sus ramas "la exaltación de la naturaleza, (...) la actitud de rechazo de la realidad, (...) la expresión de los sentimientos, (...) y el paisaje (que) refleja estados de ánimo de los personajes"<sup>28</sup> lleguen al pre-romanticismo

.....

"No se trata de moda, sino de estilo. Tal vez, lo más grande y perdurable de los románticos no fue su obra, sino su vida. Toda su existencia anecdótica es como una narración novelesca y sus arrebatos literarios obedecen siempre a un imperativo de expansión íntima. La arrebatada pasión amorosa es su fuente suprema de gozo y de dolor."<sup>29</sup>

.....

He aquí, pues, un tema nuevo dentro de las letras en español. Las investigaciones en su torno son escasas y no exhaustivas. La modificación que mediante ella se haga en la literatura no debe ser historiográfica sino crítica. El presente artículo no aspira a ser sino un punto de partida para investigadores que lo completen como el tema amerita.

<sup>28</sup> GARZA G., Baudelio, *Análisis de tres aspectos de una obra narrativa de Pablo de Olavide*, *Cathedra*, revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. Núm. 2, enero-marzo de 1975, pp. 39 a 56.

<sup>29</sup> BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín, *El romanticismo alemán*, prólogo del Dr. Francisco Monterde, Centro de Estudios Humanísticos, de la Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1964, p. 13.

## CONVERSACIÓN EN LA CATEDRAL (TÉCNICA LITERARIA)

LIC. ISABEL CHRISTENSEN

### INTRODUCCIÓN

*Conversación en la Catedral* es la obra en la cual el autor cifraba sus máximas esperanzas. Intentó una revolución de estilo con respecto a sus dos anteriores obras de éxito *La ciudad y los perros* y *La casa verde*. La presente obra debía ser además una gigantesca denuncia social y política sobre todo, muy superior a la efectuada en las obras anteriormente mencionadas. En este último aspecto, por tratarse de un período de gobierno que no tuvo gran resonancia en la opinión pública mundial, queda la acción relegada a un inevitable localismo y no es fácilmente comprensible por aquéllos que desconocen el desarrollo de la política interna del país en cuestión, que es el Perú. Para los no peruanos la comprensión está limitada.

La novela resultó un completo fracaso, no sólo en países extranjeros, sino también en su Perú natal. La crítica, que anteriormente le había sido favorable, se volvió contra él, hasta el punto que parecía acabado como autor. Este fracaso tan sonado no se debió únicamente a su temática localista, sino al giro que dio a su técnica narrativa, tan exitosa hasta que escribió *Conversación en la Catedral*.

### I. TÉCNICA NARRATIVA

La pretendida revolución de Mario Vargas Llosa con respecto a su estilo no es en realidad tal. Se limita a simplificar un aspecto y complicar otro. Más exactamente, simplifica la comprensión por medio de la nominación. El lector